

Breves apuntes sobre la vida y obras del médico árabe cordobés Albucasis.

Un siglo después de la época más gloriosa del califato cordobés, cuando el gran Abderrahman III acababa de consolidar su creciente poderío, y Córdoba se encontraba en la plenitud de su prosperidad, cuando por todas partes se levantaban soberbios edificios, se instalaban academias, se abrían escuelas, y ávidos del saber y fama de sus célebres maestros, acudían de todas partes innumerables prosélitos de Mahoma a visitar la Atenas de Occidente, nació en la encantadora Azzahra, magnífica residencia del califa cordobés, el sabio cirujano *Abul Casim Jalaf ben Abbas*, por sobrenombre *Azzaharavii*, o *Alzaharavius*.

Sobradamente conocido por sus obras, nada se sabe de su vida, pero es de creer que educado en la Corte de Alhaken II, en aquella celebrada Corte de sabios, filósofos, médicos y poetas, de que gustaba rodearse aquel príncipe ilustre, honor de la ciencia árabe española, entre el innúmero de estudiantes que ansiosos de saber llenaban las escuelas cordobesas, oyendo la mágica palabra de sus afamados maestros, el joven Albucasis, dando libertad a su privilegiado pensamiento, bien pronto supo conquistar fama de renombrado cirujano.

En su tiempo estaba casi extinguida esta rama de la ciencia médica, y sólo la ejercían las clases más ínfimas, y aún estas creían era una deshonra el practicar ciertas operaciones, por cuyo motivo, la medicina operatoria estaba proscrita y vilipendiada.

En las academias no se enseñaba, pero Albucasis, venciendo las dificultades que su dogma oponía a disecar cadáveres humanos, se dedicó con el mayor entusiasmo al estudio de la anatomía, elevando la medicina operatoria al esplendor y sitio a que de derecho le correspondía, y sacándola de las manos indoctas de charlatanes y barberos.

Estudiando mucho de los griegos, y en particular de Aecio y Paulo, comentando juiciosamente a Hipócrates y Galeno, abandona y desecha todo lo supérfluo, no reteniendo más que lo útil y necesario uniendo al estudio de los clásicos, su destreza en las operaciones.

De aquí que, en su famosa obra *Al Tasrif*, confiesa discretamente que nada escribe que no haya sido previamente visto por sus ojos. Igualmente declara en muchos pasajes de la misma, que será un temerario y un asesino, el cirujano que se atreva a aplicar el fuego o el instrumento al cuerpo humano, sin estar antes perfectamente enterado de la naturaleza, sitio y relaciones de la parte enferma.

Los profundos conocimientos que atesora, la variedad de casos que observa, y lo muy comedido y prudente en sus consejos, denotan en tan sabio cordobés el grado de ilustración que poseía y el alto concepto de su profesión, en la que era considerado como figura ilustre y principal, entre los muchos y notables médicos que, tanto árabes como judíos, descollaban por su saber y acreditada experiencia en aquella fastuosa corte musulmita.

Ya en el siglo X era celebrada la cultura de la medicina sarracena, como lo testifican numerosos escritores árabes y cristianos, así como las muchas escuelas y bibliotecas que existían en Córdoba y en las principales capitales del imperio omíada.

Sus médicos eran conocidos por su profundo saber y sus prodigiosas curas. De los reinos cristianos, venían ansiosos los grandes magnates a ponerse en manos de los médicos árabes para aliviar sus dolencias. Todos conocemos el viaje a Córdoba, por esta época, del Rey Sancho el Gordo para curarse de su extremada obesidad, en la que obtuvo feliz resultado. No es pues extraño, que en medio de tanta cultura, brillase la autoridad y conocimientos de Albucasis, y que su obra fuese casi la única consultada entre árabes y cristianos por los siglos XII, XIII y XIV para el estudio de la Cirugía.

De lamentar es no tengamos más noticias de su vida; sólo sabemos como final, que ejerció su profesión por largo tiempo en Córdoba, donde tuvo escogidísima clientela y numerosos discípulos.

Su muerte acaeció hacia el año 500 de la hégira (1106-07 de J. C.). Casiri lo hace morir más tarde, hacia el 1122 de J. C..

Wustenfeld cita muchos autores que aseguran vivió en el siglo IV de la hégira. En cambio Freind, en su *Historia de la Medicina* lo coloca en el siglo XIII de J. C., fundándose en que se mencionan en su obra, una descripción de las flechas turcas, imaginándose que los turcos, de que ya se habla en el siglo VI eran desconocidos antes del siglo XII.

Su célebre obra intitulada *Al Tasrif*, que quiere decir: *Exposición de Materias*, no se ha publicado nunca por entero. Existe un ejemplar manuscrito en la Biblioteca Nacional de París, y una traducción en hebreo también manuscrita en la misma Biblioteca. Otra traducción en viejo catalán se conserva en la Biblioteca de la Facultad de Medicina de Montpellier. Una pequeña parte de la obra de este insigne cordobés, la que se refiere a la Materia médica, fué impresa por vez primera en Venecia, en 1471, bajo el siguiente título:

Bulchassim Incipit liber servitoris de preparatione simplicium & iiber XXVIIⁱ, Bulchasi Banabenazerium translatus a Simoe januesi Interprete Abraa judeo tortuosiensi. Venetiis por Nicolau Jensen gallien MCCCCLXXI. En 4.º 66 ff.

Aún cuando algunos bibliógrafos aseguran que esta impresión es de Juan Serapion, Brunet asegura que es la primera de Albucasis, en todo muy diferente de la de Serapion.

Según Panzer existe una segunda edición, de 1478 en Nápoles. También en Venecia se publicó en 1497 la parte quirúrgica de la obra del *Al Tasrif*, en esta forma:

Tractatus de operatione manus seu de chirurgia Albucasis, unido a la Cirugía parva de Guy de Chanliae. Posteriormente se citan las siguientes ediciones:

Alzaharavius. Liber theoricæ nec non practicæ Alzaharavii. qui vulgo Azaravi dicitur jam summa diligentia et cura de promptus in lucem, impensis Sigismundi Grimm Medici et Marci Vinrsung. Augustæ Vindelicorum 1519 die 24 marzo. En f. de 6 ff. y 159 de texto.

Albucasis. Chirurgia omnium chirurgorum, edente Gerardo Cremonensi Venetiis Lucantonius de Quinta 1520.

Albucasis Manualis medicina Estrasburgo, 1532.

Albucasis. Methodus medendi certa pleraque quæ ad medicina partes omnes præcipuæ quæ ad chirurgiam requiruntur libris III exponuntur latine cum instrumentis ad omnes fere morbos depietus. Basilea. Henripetrus 1511, folio, figuras en madera

Chirurgia Albucasis. De cauterio cum igne et medicis acutis per singula corporis humani membra. De sectioni sagitarum coeterisque similibus. De restauratione et curatione dislocationis membrarum cum instrumentorum delineationibus. Argentorati, 1544. Solo existe un ejemplar de esta edición en la Biblioteca Real de Madrid.

En la colección de Casp Wolf, se inserta otra parte de su obra, la que trata de las enfermedades de las mujeres, con el título *Gyneciorum de mulierum gravidarum parturientium et aliorum natura*. Basilea, 1566 4.º.

Pero la mejor traducción de su obra en la parte quirúrgica, es la siguiente:

Abulcasis. De cirugía arabice et latine Oxford, 1778, por Juan Chalmig. Dos volúmenes en 4.º, con grabados de instrumentos y aparatos quirúrgicos.

Esta edición de la parte de la obra *Al Tasrif* está tomada, según refiere Freind en su «Historia de la Medicina», de un código m. s. en latín, registrado con el n.º 54 en la Biblioteca bodleiana de Oxford, titulado «Operaciones de manos, cirugía y arte médica acerca de la cauterización, disección, reducción de fracturas», distribuído en tres partes; y de otro código,

debido al Dr. Huntington, que decía: Parte XI de los libros Altarif, su autor Albucassem Calaf Ebn Abbas-Alza Harabi. Al final de este último, se leen estas palabras, traducidas del árabe: -Este tratado habla de cirugía, y es la conclusión del libro *Práctica Médica*, cuyo autor es Albucassem, primer día del mes safar año de la Hégira 807 La versión latina que acompaña al texto es la mejor de todas

Finalmente, el Doctor Luciano Leclerc, distinguido arabísta francés, publicó en París, en 1861, una obra en 8^o de 324 páginas, intitulada *La Cirugía de Albucasis*

El *Al Tasrif* se divide en dos partes, de las que cada una comprende quince secciones. Trata de la anatomía, de la filosofía, de la dietética, de la materia médica, por último de toda la medicina externa e interna, tanto teórica como práctica.

El traductor de la edición de Venecia de 1520 Gerardo de Cremona, asegura que lo que él publicaba no era más que una décima tercia parte del original. Pues bien, lo publicado, es el documento más precioso que nos resta sobre la cirugía de los árabes. En el prólogo dice que su tratado de cirugía no es más que el suplemento al de medicina.

Refiere que en su tiempo la cirugía había llegado a tan gran desprecio, que no quedaba de ella ni el más mínimo vestigio de su existencia. Atribuye esta causa al abandono del estudio de la anatomía, sin cuyos conocimientos no se puede dar un paso en cirugía

Llama mucho la atención de sus hijos para que no hagan ninguna operación, sin tener al menos una probabilidad muy grande de buen resultado, criticando justamente a los que emprenden operaciones temerarias.

Sus consejos y advertencias pueden servir de modelo a los cirujanos modernos.

Divide su trabajo en tres partes: En la primera, trata de los cauterios, exponiendo sus figuras y variedades según los sitios a que habían de aplicarse. Prefiere el actual al potencial. Da como regla general, el no aplicarlo a los individuos de constitución linfática. Refuta los prejuicios que han hecho alabar algunos metales para la fabricación de ciertos instrumentos de cauterización, añadiendo que el hierro no le cede en nada al oro o a la plata, siendo el más conveniente para los instrumentos de cirugía.

Es particularmente recomendable, por haber sido el primero entre los antiguos que describió los instrumentos propios para cada operación y el modo de usarlos

En el tic doloroso de la cara, cauteriza la comisura de la boca, o la región posterior de las sienes

En la catarata blanda, intenta su extracción por medio de una aguja hueca de succión

Enseñaba la manera de afirmar los dientes vacilantes con un hilo de oro.

Expone más de cincuenta enfermedades en que puede ser ventajoso el uso del cauterio, y en las cuales el lo usó con feliz resultado; refiere la historia de un hombre, que padeciendo una ciática, por un error del cirujano, falleció por haberle aplicado el cauterio en el tarso, quemándole los tendones.

En su segunda parte se ocupa de las operaciones por incisión, manifestando que esta parte de la cirugía es mucho más peligrosa que la anterior.

Describe hasta noventa y seis, comenzando por la trepanación del cráneo. Habla de la operación del hidrocele, con juiciosas observaciones que parecen admirables a través de nueve siglos que se formularon.

Trata de la extirpación de las glándulas tonsilares y cervicales, y de los tumores y pólipos que suelen presentarse en la boca y fauces.

Practicó la traqueotomía en una mujer, con feliz resultado, y se ocupó del broncocele con más extensión que lo hicieron los griegos, distinguiendo el natural del accidental.

Menciona igualmente la extirpación o incisión de los tumores del vientre, advirtiéndole el gran cuidado que se debe tener en diferenciarlos de los aneurismas, pues a concebir la más mínima sospecha, hay que echar mano del cauterio.

Dilató abscesos del hígado, operó el fimosis, practicó la litotomía, y en un caso de hidrosarcocele abrió el escroto y llegó al testículo que extirpó.

En las hernias aconsejaba no abrir el saco.

Con respecto a los cánceres aconseja no deben tocarse, siempre que estén ulcerados, pues en este estado ni curó ni vió curar alguno.

Refiere con mucha exactitud la operación de la paracentesis, describiéndola tan circunstanciadamente que en el día nada hay que añadirle: señala el sitio donde debe hacerse la punción, delineando la forma del instrumento, y prohíbe extraer el líquido de una vez, advirtiéndole debe hacerse poco a poco y según las fuerzas del enfermo.

Entre sus curaciones más notables cita la de una herida de vientre complicada con la salida y lesión del intestino, que redujo, apesar de haber estado fuera de la herida más de veinticuatro horas, empleando la sutura de pellejero en el intestino, y la entrecortada en la herida de la piel.

Tambien refiere la de una herida del estómago, que convirtió en fístula, cuyos resultados soportó el enfermo felizmente.

Describe minuciosamente varios modos y medios de sangrar.

Indica la marcha que debe seguirse para la extracción de los cálculos vesicales en la mujer. Aconseja un método curativo, el más racional para su época, en la caries de los huesos.

Diseña en láminas más de cien instrumentos distintos para las diversas operaciones quirúrgicas que menciona, explicando al mismo tiempo el modo de hacer uso de ellos. Hasta presenta, en esta parte de su obra, una máquina ortopédica.

Practicó grandes operaciones. Era muy circunspecto cuando se trataba de las amputaciones de los miembros, así es que rehusó practicarla en un hombre que la exigía con instancia, por no parecerle indicada.

Su método en los panadizos es muy racional. Ofrece el mayor interés la lectura de una erisipela volante que observó y que ofrece mucha analogía con la epidémica conocida por los modernos.

Su procedimiento en las fracturas es tal como debe suponerse en la falta de conocimientos de aquella época, pues empleaba crueles extensiones y contraextensiones, usando de groseras máquinas para proporcionar la justa posición de los fragmentos huesosos.

El arte de partear debía estar en aquellos tiempos en muy triste estado si hemos de juzgar por lo que Albucasis manifiesta. La necesidad de volver el feto cuando presenta una mala posición, no le era desconocida, pero procedía, muy imperfectamente, aún cuando manejaba el espéculum y el fórceps, con los que extrajo en ocasiones varios fetos.

Se deduce de sus palabras que los cirujanos de su país, doquiera que él ejerció su arte, rara o ninguna vez podían practicarla, por no ser lícito tocar a una virgen, ni mucho menos que una mujer virtuosa y casada, descubriese ciertas enfermedades a ningún hombre. Así es que había mujeres instruidas en las enfermedades de su sexo, que por consejo del cirujano verificaban las operaciones manuales que eran necesarias, bien que dice eran muy pocas las que podían ejecutarlas.

Este médico cordobés cita un caso curioso de un embarazo extrauterino, en el que los pedazos del cuerpo del niño, salieron por una fístula que se estableció en las paredes del bajo vientre.

Cualquiera que lea a Albucasis y compare sus escritos con los de Celso, Paulo de Egina, Aetio, Rufo de Efeso, Avicena y Rasis, dirá seguramente que fué el más atrevido de todos, y sólo el número de operaciones que ejecutó, puede asombrar a cualquier otro que no estuviese versado en semejante cirugía, pero también hemos de consignar que tenía muy poca confianza en los instrumentos de que se servía. Tal vez probará esto, que pensaba y meditaba mucho los resultados de las operaciones, antes de determinarse a practicarlas.

En resumen, de la parte de su obra que conocemos publicada, correspondiente a la especialidad quirúrgica, se desprende, atendiendo a la época en que fué escrita, que nuestro compatriota Albucasis fué un hombre de atrevida y segura imaginación, profundos conocimientos y exento de las ridículas supersticiones de su raza.

Hizo avanzar la Cirugía con firme paso, por la senda que más tarde sirvió de guía a Fabricio de Aquapendente, Ambrosio Paré, Andrés Vesalio, a nuestros cirujanos Daza Chacón, Díaz Agero, Vaca de Alfaro y tantos otros enamorados de esta importantísima rama de las ciencias médicas.

El célebre Portal encuentra en los escritos de este cordobés algunas operaciones de cuya invención se dá la primacía inmerecidamente a Paré y a J. Luis Petit. Le alaba también por el orden, método y concisión de estilo, y asegura que de su obra han sacado la buena doctrina la mayor parte de los modernos cirujanos.

Por último, Hernández Morejón, en su conocida obra «Historia biográfica y bibliográfica de la Medicina española», dice: «Las alabanzas que los extranjeros prodigan al cordobés Albucasis deben siempre ser consideradas como de más valor que las que yo pudiera tributarle, por ser fácil sospechar alguna exageración en quien escribe los sucesos memorables, que deben immortalizar a un hombre que, aunque de distinta estirpe y religión, fué su compatriota».

Por nuestra parte creemos tener la satisfacción de haber contribuido con este modestísimo trabajo a que la memoria de tan insigne sábio se recuerde en esta Academia de su patria, a que sus paisanos lo conozcan por sus escritos admirables, y a que la ciencia médica cordobesa se honre y se glorifique, al contar entre sus adeptos al maestro esclarecido que, aún cuando profesaba distintas creencias que las nuestras, su elevada misión en esta vida, fué el alivio y curación de sus semejantes, religión que a todos nos une eternamente en estrecho abrazo de amor y caridad.

PABLO GARCÍA

(Este trabajo fué leído por su autor en una de las sesiones de nuestra Academia, que lo guarda entre sus originales, y lo insertamos hoy como homenaje al que dedicó buena parte de su vida y sus entusiasmos al mejor florecimiento de nuestra corporación).

